

Suscripción

Gerona un mes... 1 Pta.
Provincia y resto
de España Trim.º 4 "
Extranjero " 7'50"

Número suelto

5 Céntimos

CIUDADANÍA

Diario republicano autonomista de avisos y noticias

Antes los recibidos
y esquelos

Precios convencionales

De los originales firma-
dos son responsables
sus autores

AÑO I

OFICINAS:

Rambla de la Libertad, 33.-GERONA

Jueves, 20 de Octubre de 1910

Dirección Telegráfica:

CIUDADANÍA.-

GERONA

Núm. 66

Portugal y su República

Hay completa conformidad, y parece cosa rara, entre los impugnadores y los simpatizadores de la nueva República portuguesa. Unos y otros coinciden en que el movimiento que ha puesto fin, sin solución de aparente continuidad, a la monarquía de los Braganza ha sido anticlerical. Las primeras disposiciones de aquel Gobierno así lo indican y la actitud del pueblo portugués lo corrobora. Pero lo que ni derechas ni izquierdas nos dicen es el porque de ese matiz tan marcado; y es que ni izquierdas ni derechas han penetrado ahora; ni penetraron antes, en el alma, en la entraña de la nación lusitana.

Es una lamentable desviación en la, más pretendida que real, cultura popular no fomentar, con perseverancia, el conocimiento que unos pueblos deben tener de otros.

El alma de un pueblo no se muestra ni se conoce a través de sus periódicos ni de sus políticos, ni siquiera de sus instituciones. Se conoce viéndola, sintiéndola palpar con el pueblo mismo; adaptándose a ella y buscándola en todos sus impulsos y manifestaciones. Ir a una nación para estudiarla, bajo el prejuicio de una idea política, de una misión diplomática o de una afición literaria o comercial, no es conocer a un pueblo en toda la esencia de su sentir. Es conocer, solo, un aspecto de una sociedad; aspecto, por regla general, mistificado o disfrazado desde el momento en que se sabe que a su busca se va. No es lo mismo ir a comer a una casa, previo convite o solicitud, que presentarse de sopetón en ella a sorprender la vida íntima de una familia. Creo que ha sido Jacinto Benavente el que hace poco puso las tildes sobre las muchas *tes* en que las había olvidado Vicente Blasco Ibañez al contarnos las excelencias de la vida argentina; y en este caso Blasco Ibañez era el convidado.

Cuando el día 4 de Octubre vi los telegramas de la prensa en que se daba cuenta de los sucesos ocurridos en Lisboa, mientras los leía no dejaban de sugestionarme aquellas relaciones de luchas heroicas y combates titánicos. Algo hay que conceder a las exigencias de los nervios. Pero en cuanto la tensión cedía y recobraba el juicio su lucidez, resistíame a comulgar con aquellas formas y preguntábame si era posible que ese pueblo belicoso fuera aquel mismo que yo había conocido, en su fondo, veinte y cuatro años atrás.

Fuéme preciso trasladarme a Lisboa el 1886, y sin poder evitarlo, vivir en aquella ciudad cerca de un año. Llegué allá tres días antes del casamiento del entonces Príncipe real y después rey Don Carlos. Recuerdo, porque fué una de las visiones de mi vida, cuando salió la gentil pareja de la iglesia de Santo Domingo y como mi alma a la sazón aún joven y un tanto entusiasta del arte y de la belleza, se extasió ante la espléndida manifestación de una y otra en la hermosa figura de doña Amelia de Orleans, la desgraciada reina, espo-

sa y madre de hoy. Si ante sus ojos fulgurantes de amor y régio orgullo; si ante aquella figura majestuosa por sí misma y por el momento, un diabólico conjuro hubiera podido evocar algún hrujo medioeval que señalara a la augusta desposada su negro porvenir de lágrimas y amarguras, más que de horror, de desprecio fuera el gesto altivo de doña Amelia.

Llegué, pues, a Lisboa cuando, con motivo del fausto suceso, se desbordaba la alegría oficial y pública; cuando músicas, luces, vivas y galas confundían a los altos y los bajos, a los grandes a los humildes. Y fué esa la primera impresión que yo tuve de aquel pueblo.

Mi ánimo, predispuerto, por mis personales convicciones, a hallar el punto de bifurcación entre las aspiraciones de un pueblo y las concesiones de su régimen, no pudo encontrar ese punto ni a mi llegada, en 1886, ni a mi salida en 1887. Mi vida en Lisboa, por lo mismo que tuvo que alcanzar a alturas y que descender a lo vulgar y ordinario, pudo saturarse bien del ambiente que aquel pueblo respiraba y apreciar a ciencia cierta, con exacta concepción cual era su alma. Y vi que el pueblo portugués en 1886, sin que fuera holgada o, digamos absolutamente cómoda su postura, hallábase muy soportable.

¿Razón? no otra que el ambiente de positiva, y por positiva, sana libertad.

En 1886 no existían en Portugal congregaciones religiosas; el clero católico no vestía su traje talar por las calles; en éstas no se permitían las manifestaciones culturales y el respeto mutuo era consubstancial con las costumbres. Ni por asomo en tertulias particulares, ni en ateneos ni en casinos se entablaban discusiones religiosas. Mis casuales relaciones con un canónigo de *A Sé* (Catedral) ofrecieron ocasión de ahondar en ese aspecto del alma popular y, con asombro oí de aquellos labios, nada sospechosos, alabanzas para aquellas costumbres y propia satisfacción por ellas que dijo, permitían al clero una vida independiente, y en nada refida con su ministerio, que no le aislaba ni le privaba de satisfacer sus aficiones mundanas, en el más puro sentido de la palabra.

Salía yo un día, con mi hermano Ricardo, de una visita en la rua Garrett y al atravesar el *Chiado*, punto céntrico y más que céntrico elegante de Lisboa, me detuvo mi hermano señalándome un caballero que, de espaldas a nosotros, estaba parado frente los escaparates de la *Tabacaria havaneza*.

Desconocía yo al personaje y obliquando algo pude ver su fisonomía. Era el rey don Luís. Volví instintivamente la mirada en derredor buscando la obligada compañía de edecanes, ayudantes o gentiles-hombres; nada. No diré que entre las gentes que pululaban por tan concurrido sitio no hubiera quien guardase al monarca; pero ostensiblemente nó.

En vano perseguía yo el fermento popular republicano, no existía. Magalhaes Lima, Braga, Machado y el mismo Guerra Junqueiro eran, entonces, soñadores sin ambiente y sin pú-

blico. No llegando a una intimidad, pero llegando a ciertas expansiones tuve ocasión de conocer a una persona ilustre que si ahora no figura en el Gobierno republicano figurará más tarde. De él oí esto: «Mientras tengamos a don Luís, sin separarse del camino que lleva, no hay que pensar en república. Sería necesario que se estableciese en España y así acaso...»

La prensa republicana, entonces casi reducida a *O Século*, apretaba para despertar en las instituciones sentimientos de represión. Contra los ministros, constitucionales o regeneradores, no hay que decir como se expresaba; la libertad de imprenta era absoluta y, traspasaba a las veces los límites de la prudencia y hasta de la corrección: pues ni el Rey ni los ministros procedieron nunca contra ella.

Don Luís con aficiones literario-artísticas y con un exactísimo conocimiento de su pueblo, estaba identificado con él y no forzaba nunca su papel de rey constitucional. Tenía criterio propio y sabía llamar con tiempo a la realidad al consejero que, por error o por estímulo, poco en armonía con ella, de ella se separaba.

Murió don Luís en 1888. En 1889 estallaba en Oporto el primer movimiento republicano sofocado por la Guardia Municipal de aquella ciudad. Era un síntoma que me hizo recordar lo dicho por aquella personalidad a que me he referido. Ya entonces se habían insinuado las tendencias regresivas del nuevo reinado.

Tuve que volver a Portugal en 1896, ocho años después de reinar don Carlos. En un mes de permanencia en Lisboa le vi varias veces; unas sólo, otras acompañado de doña Amelia; nunca a pie, siempre en coche y, con más o menos, escolta. Y vi más; vi procesiones, vi monjes, vi el traje talar vestido públicamente y vi, no ya el germen, sino la ebullición republicana.

La ley de Pombal, que no había sido abrogada y si respetada por el rey don Luís—y que ahora vigoriza el Gobierno republicano—no estaba en uso.

El alma portuguesa no era la misma, ni arriba ni abajo.

Después se manifestó en los dos extremos. Abajo teniendo que pasar por encima de los cadáveres de su rey y su príncipe, víctimas, aparentes de un atentado, como todos execrable, pero víctimas en la realidad del cambio operado en el alma de un pueblo.

Aquella postura soportable, de que he hablado, se había hecho insoporable. Aquella libertad positiva, efectiva y respetuosa con todos, por respetarse a sí misma, se había diluido en una atmósfera de presión é intolerancia; la vida de identificación entre instituciones y pueblo estaba rota. Vino lo inevitable y al venir tuvo que manifestarse el alma de la monarquía.

Don Manuel, un niño sin concepto de su misión, sin conocimiento real de su pueblo, y sin gula práctico y consciente, entregado a la piadosa influencia de su madre, cuanto más desgraciada más piadosa, no supo separar sus piedades de sus deberes

de rey. Así se explica su huida sin el postrer arranque del infantil orgullo regio. El gesto religioso de don Manuel, en sus postrimerias reales, amparándose a la intercesión de la Concepción Inmaculada, es el gesto del seminarista místico; pero no el del príncipe ultrajado. El embarque oculto y misterioso en la solitaria playa de la Ericeira, es la fuga del revolucionario medroso, no la del Rey altivo.

La confianza en la intervención divina, siempre respetable, conmovida muchas veces cuando obedece al laceramiento de una alma que solo en Dios puede confiar, es, sin embargo, ocasional. ¡Ay de la nave que, juguete de las olas, vé a su capitán, su amo después de Dios, caer de hi- nojos en vez de empuñar la bocina y oponer sus energías contra las fuerzas de los elementos! Está perdida.

Y falta, además, probar que la intervención divina surja en las pesadumbres de las potestades terrestres. El Apóstol de Clavijo está ya muy lejos.

La Monarquía portuguesa no ha sido derrocada; se ha ido; y yéndose no es fácil que vuelva, si el alma portuguesa recobra su esencia y recobra aquella libertad sana, culta y generosa que se quiso ahogar.

CÉSAR NIETO

Barcelona 17 de octubre de 1910.

CUESTIONES MUNICIPALES

EXTRAÑEZAS

La cuestión del empréstito y presupuestos municipales promete dar mucho juego.

Por una parte la abierta hostilidad de dos señores concejales contra la mayoría, que son los señores Verdager y Catalá. Del primero he de reconocer que su labor municipal resulta bastante seria, pero del señor Catalá de ese no puedo decir otra cosa, que no puede inmiscuirse en según que clase de asuntos municipales, por que se le ve la oreja.

Quiere demostrarse amigo de los intereses de la ciudad, intereses que la mayoría pertenecen al comercio, y en cambio es el abogado del arrendatario de puestos públicos, y por ende, el que ha procurado tanto en bien del comercio con el sobrante de vía pública y hoy pretende cobrar irrisoriamente el impuesto sobre volatería.

Eso amen de que su labor municipal no tenga un segundo carácter, cual sería el de encubrir con su actitud la de otros sus antepasados en la administración municipal de la ciudad.

No fundo mi artículo para mostrarme amigo de la mayoría y en contra de los mentados señores, pero noto aquí en esta cuestión, conductas que me extrañan sobremanera, pues no puedo acabar de comprender tampoco la actitud del *Diario de Gerona* referente a los señores Ensesa y Montsalvatje.

¿Que será esto? no puedo preverlo aun, pero lo que parece verse desde lejos es una segunda edición de aque-

lla algarada ocurrida entonces con el señor Fornés.

Ha habido muchos artículos insertos en *CIUDADANÍA*; todos ellos han defendido de una manera brillante su tesis, en cambio ha habido un Evangelista, que los ha tratado superiormente, pero los que los hemos leído imparcialmente, sin que la pasión nos dominara, hemos creído ver allí marcadas las huellas de alguien que muy directamente cuida o asesora a la administración municipal.

No quiero de nuevo, tratar de nada más referente a empréstito y presupuestos, solo he de observar una idea que me ha sugerido lo ocurrido en la pasada sesión.

Diario de Gerona tiene allí a su reporter, reporter que asiste en su representación al Consistorio Municipal a tomar apuntes, y la actitud del *Diario* representado es recriminada acaramente, y nada menos que por dos señores concejales que formaban parte de la Candidatura administrativa, que con tanto celo apoyó el colega de las Ballesterías.

¿A qué obedece esto? ¿hay acaso gato encerrado? si lo hay, puede *Diario de Gerona* acusar que no le faltará el apoyo de todos los gerundenses, ¿es cuestión personal ó en el fondo del asunto se trata de algún misterio, en el que el *Diario* tenga que callar? que se calle, y nadie los tres Ensesa y Montsalvatje, ó del contrario en su conducta se verá un absolutismo inaudito.

Gerona está gravísima en todos los órdenes de vida.

El comercio muerto, efecto de las cargas que sobre el pesan en gran parte, y también otra parte efecto Descanso dominical (aunque pese a mi correligionario Sr. Puig Bouille).

Por otra parte la desaparición de los talleres de la fundición, y por último lo insuficiente de las jornales para atender a lo caro que resulta la vida es esta ciudad.

Por todos estos conceptos, por los muchos arbitrios que el pueblo paga, entiendo que no conviene de momento que el Ayuntamiento se meta en honduras, porque hay una atmósfera muy cargada contra el empréstito y presupuestos, y que de continuar obstinados nuestros ediles en sus treces, podría ocurrir, una segunda edición, de aquella del señor Fornés como decía al principio, pero aumentada y corregida.

Es preciso antes de sumir el erario Municipal en la bancarrota más de lo que lo está, que se procura de una manera evidente abrir las fuentes de riqueza que explotan los empresarios de los servicios municipales.

Cementerio, consumos, coches fúnebres, limpieza y hasta podría tratarse del servicio de aguas potables y electricidad, y con estos manantiales de tesoro municipal inagotable, Gerona no sería la vetusta y miserable, más al contrario ciudad, próspera y feliz que no llegará a serlo mientras el gobierno municipal esté en manos de comerciantes de la cosa pública.

Bienvenido Divi

SE NECESITA un pianista para todo el año; en el Cine Gran-Via de esta capital.